

El ocaso del inca

Bolívar Echeverría

Instrucción del Inca don Diego de Castro (Titu Cusi Yupanqui).

Edición de Alessandra Luiselli. UNAM 2001.

Debemos felicitarnos porque gracias a Sandra Luiselli disponemos al fin de una edición mexicana de este texto esencial para la comprensión histórica del siglo XVI, el siglo heroico de la destrucción de las sociedades prehispánicas de América y de su incipiente sustitución por prospectos de una sociedad europea, que despiertan el interés dado el momento utópico que muchas veces hay en ellos.

Este libro nos ofrece el texto del fraile agustino Marcos García, presbítero de Vilcabamba, “ordenado y compuesto” junto con el escribano Martín de Pando a partir de la narración en vivo (parte en quechua, parte en español) del ex-inca don Diego de Castro (Titu Cusi) a comienzos de 1572. Narración que debe acompañar al pedido de prebendas económicas que hace este don Diego ante el rey Felipe II, puesto que en ella, como él enfatiza, se evidencia “la razón que yo tengo de ser gratificado”.

Se trata de una de las narraciones más directas que han quedado del hecho de la destrucción de las antiguas sociedades --de las antiguas humanidades-- del continente americano. Nos pone al tanto de la cadena de episodios en la que se desvanece la autoridad del Inca y con ella el incario.

Para el lector latinoamericano de nuestros días --que es ciudadano de alguno de los estados nacionales que heredaron el proyecto de los conquistadores de sustituir a la humanidad de los indios por la humanidad europea (proyecto inconcluso pero cuya realización no deja de avanzar)-- el texto de este hijo del último de los incas es un texto desconcertante e irritante.

Lo es, no por el turbio contexto que se adivina en su procedencia, sino sobre todo por la historia que narra.

Desconcierta e irrita, primero, la imagen que se adivina del autor del texto y de la situación en que lo compone. El hijo del último inca, reducido a la condición de un simple particular, solicitando, mendigando casi, “mercedes” del rey de España “para él, sus hijos y sus descendientes”, y acomodando para ello, astuta, ladinamente, mitad en quechua, mitad en español, una versión, apropiada para el efecto, de la historia de su padre y del hundimiento del incario. Y en torno a este hijo del último inca, acomodando a su vez la traducción del texto

dictado por él, alterándolo a su capricho y su buen entender, el traductor, el padre agustino fray Marcos García, y el escribano, Martín de Pando, interesados también, cada uno por su lado, en el buen éxito de la gestión burocrática que están por emprender en la corte de Felipe II.

Pero más que este contexto, lo que desconcierta e irrita al lector latinoamericano de hoy es la historia misma de la conquista del Perú, tal como está narrada en esta versión.

No me refiero al relato del comportamiento de los conquistadores españoles, cuya falsía y bestialidad nos son familiares --puesto que son, insisto, nuestros antepasados--, sino al relato del comportamiento de los indios. Lo que desconcierta e irrita, lo digo de una vez, es la apertura y la mansedumbre de los indios; dos rasgos de su comportamiento que se nos presentan como dos virtudes completamente fuera de lugar.

El lector tiende espontáneamente a entrar en empatía y en simpatía con los indios; la alevosía y ventaja con que actúan Pizarro y sus aventureros, de entendimiento obtuso pero de ambición insaciable, así como los frailes que les acompañan, guían y confortan, sirven de fondo sobre el que destacan las virtudes de quienes van a ser sus víctimas. A tal punto llega esta empatía, que el lector se pone imaginariamente en el lugar de los indios y se ve llevado incluso, en la imaginación, a “enmendarles la plana”, a reprenderles por la cegera y la ingenuidad con que desperdiciaron las indudables fuerzas de que disponían, y que les llevó a dejarse vencer por los conquistadores.

Pronto, sin embargo, el lector cae en cuenta de que lo que le incomoda en el comportamiento de los indios va a dar en definitiva en un reproche que les hace por haber actuado de acuerdo a lo que ellos eran y no de acuerdo a lo que “debieron haber sido”, es decir, por no haber actuado como europeos, por no haber sido como eran sus conquistadores. Habiéndose distanciado de éstos con horror, el lector se encuentra de repente, defendiendo la misma mentalidad que los inspiraba.

El lector contemporáneo de esta narración del ex-Inca don Diego de Castro deja entonces atrás esa primera reacción --que lo llevaba involuntariamente a contradecir su propia actitud ante lo narrado--, y se ve encaminado a una segunda elaboración del texto; a una apreciación más distanciada, más meditada de la narración que hay en él.

Lo que el lector sigue ahora es el sentido de la indignación que despierta en él lo narrado; una indignación que está dirigida a la “injusticia” de los acontecimientos, a una injusticia que antes se llamaba “divina”. En efecto, es posible observar lo que sería una especie de “abuso histórico” en lo que de por sí no es otra cosa que el engaño del que se sirven los aventureros españoles para

sobrevivir entre los indios y sacar provecho de ello: ese engaño que consistió en aprovechar la idea que los indios se hacían de ellos y, utilizando la diferencia histórica que los separaba de los indios y que estaba a su favor --la modernidad de sus armas, la modernidad de su astucia-- pretenderse dioses, fingirse “viracochas”.

Se trataría de un abuso, por parte de los españoles, que consistió en el aprovecharse de la “superioridad histórica” de su capacidad bélica respecto de la de los indios: la “superioridad” de sus armas y de su mentalidad.

Una “superioridad” muy relativa, por supuesto, dado que sólo aparece como tal a la luz del ideal del progreso propio de la modernidad capitalista; una superioridad que, como hoy lo muestra la crisis de esta modernidad, lo era en el plan de dominar a la naturaleza, pero no en el de construir un bienestar social sobre la tierra; plano en el cual ha resultado ser más bien una “inferioridad”.

Acerquémonos un poco a este tema.

Un mismo lugar --sea éste el altiplano de México o la cordillera de los Andes-- fue a comienzos del siglo XVI el escenario de dos dramas diferentes: uno, el de la formación de los imperios indoamericanos, y otro, el de la consolidación de la modernidad europea mediante la formación del mercado mundial capitalista. Gracias a la proeza de Colón, dos dramas completamente heterogéneos tuvieron que convivir sobre un mismo terreno, el de los indios, por un lado, y el de los europeos, por otro; dos dramas que sólo llegaron a tocarse tangencialmente en su desenvolvimiento y que sin embargo así, indirectamente, desataron o precipitaron transformaciones esenciales el uno en el otro: transformaciones que serían definitivamente constructivas en el universo europeo e ineluctablemente destructivas en el universo americano. Eran dos dramas cuya realización o cuyo fracaso obedecían en verdad a necesidades internas del propio discurrir de cada uno de ellos, pero a los que les hacía falta una provocación exterior, aleatoria, para resolverse de una manera u otra.

Si uno mira de cerca lo que fue el aniquilamiento de los mundos prehispánicos en el siglo XVI se percata cada vez más de que no se trató de una destrucción directa propiamente dicha --del resultado o la obra de la acción militar de los españoles--; que se trató en verdad de una destrucción indirecta: de la implosión que ellos provocaron, sin percatarse realmente de ello, en los organismos religioso-políticos que daba orden y sentido a esos mundos prehispánicos. Fue una destrucción desatada en los americanos más por la otredad de los europeos que por su acción propiamente dicha; más por la “excentricidad” del belicismo de los europeos --una excentricidad temible pero fascinante-- que por la superioridad técnica de sus fuerzas (que la había, sin duda, lo mismo en los armamentos que en la estrategia).

El edificio religioso-político de los “imperios” prehispánicos era una inmensa construcción pegada con saliva; un castillo de naipes. Un inmenso organismo totalitario y al mismo tiempo sumamente frágil. Bastó con que el naipe del centro en el piso más bajo cediera para que todo el edificio se viniera abajo. Y ese naipe, los mismo en México que en el Perú, fue la persona del soberano: Motecuzoma en el primero, Manco Inca Yupanqui en el segundo. Ambos sintieron una fascinación ciega, por “aquella gente barbuda que decían que eran dioses; una fascinación que rayó en la autonegación, en la “traición” y que provenía de la posibilidad que parecía abríseles de entrar directamente en contacto con los dioses, pasando por encima de los magos, los sabios y los sacerdotes que los mantenían alejados de ellos.

Los españoles no eran más fuertes o más astutos que los indios sino que eran fuertes y astutos pero de otra manera; de una manera que desarmaba a los indios pues los desafiaba a desenvolverse con un grado de “deshumanización”, por decirlo de alguna manera, que ellos no podían concebir siquiera que fuese posible alcanzar.

La superioridad técnica de los españoles --la mayor productividad de sus medios de producción y de destrucción (como las armas de fuego), que incluían el hierro, la rueda, la domesticación de animales mayores,-- es capaz de explicar la fascinación que ellos despertaron entre los indios, incluidos ante todo sus gobernantes y sacerdotes. Pero no es ella la “superioridad” que derrotó a los indios.

Su única y verdadera “superioridad” consistió en la constitución de su personalidad; en la disposición de todos y cada uno de ellos --disposición que había sido impuesta en ellos duramente por la vida-- de un esquema de comportamiento muy especial, el comportamiento mercantil moderno.

El mercado como eje de la vida social recompone la consistencia espacio-temporal del mundo de la vida social y por lo tanto la socialización de los individuos sociales. La consistencia del mundo de lo concreto, de los valores de uso, es forzada por el intercambio mercantil a dar más de sí misma, acorde con la perspectiva que abre a la existencia humana el oro funcionando como dinero.

El autocontrol del propietario privado, su capacidad de plantearse a sí mismo como dueño de un yo cuya existencia inmediata no se mide de acuerdo al calendario agrícola de la sucesión de años sino al calendario abierto de los negocios y su prosperidad o fracaso, son rasgos de la vida de los conquistadores españoles que son absolutamete desconocidos para los indios.

La mercantificación del comportamiento de los españoles hace que ya no sean contentables con el bien vivir aquí y ahora (amistad, comida festiva); que ya no les convenza el bien vivir al que les invitan los indios. Hace que estén dirigidos por la promesa de un bien vivir en abstracto; ese que trae consigo el equivalente general (el oro-dinero). Hace que sean por ello capaces de perseverar, pese a la fascinación que llega a despertar en ellos el modo de vivir de los indios, en la mentira y el engaño del que, viviendo en el vacío, cree que tiene la plenitud en la bolsa.